

BX 1756

.M32

S4

V.2

1854-55



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

0822A

SERMON  
PARA LA FIESTA DE LA PURIFICACION

DE NUESTRA SEÑORA.

SOBRE LA SUMISION A LA VOLUNTAD DE DIOS.

Postquam impleti sunt dies purgationis Mariae secundum legem Moysi, tulerunt Jesum in Jerusalem, ut sisterent eum Domino.

Habiéndose cumplido el tiempo de la purificación de María según la ley de Moisés, llevaron el Niño á Jerusalem para presentarle al Señor.

Luc. 2. v. 22.

La sumision á la voluntad de Dios es la principal virtud de que hoy nos da ejemplo María en el misterio que propone la Iglesia á la piedad de los fieles. Aunque toda la vida de esta Virgen santa fué una continuada conformidad con las órdenes del cielo, y una universal sumision á los fines y designios de Dios para con ella, parece no obstante que esta disposicion sobresale mas en la oblacion que hoy hace de su Hijo en el templo, y que este misterio en que sacrifica sus luces la voluntad de Dios es mas perfecto y

008606



heróico; y esta virtud principal es la que voy á proponeros por modelo.

Sin ella la virtud no es mas que ó una disposicion natural ó un querernos complacer á nosotros mismos. Sin ella las ilusiones de nuestro espíritu son nuestra única ley, las inconstancias de nuestro corazon nuestra regla, y el capricho de nuestros deseos, nuestro freno y el único motivo de nuestra conducta: en una palabra, nosotros hacemos de nosotros mismos nuestra propia divinidad.

En la conformidad con la voluntad de Dios consiste todo el precio de nuestros sacrificios, el mérito de nuestra paciencia y la santidad de nuestras alegrías. Ella es la que quita las amarguras á nuestras aflicciones y el veneno á nuestras prosperidades, la que fija nuestras irresoluciones, la que calma nuestros temores, alienta nuestros desmayos y regla nuestras esperanzas. Es la seguridad de nuestro celo y el consuelo de nuestros disgustos: en una palabra, asegura nuestras virtudes y nos hace útiles aun nuestras imperfecciones.

Esta virtud inspira los buenos consejos, responde de la felicidad de nuestras empresas, nos hace dueños de los sucesos, santifica todos los estados, regla todas las obligaciones, y mantiene la subordinacion de los pueblos, la autoridad de los imperios, la majestad de los soberanos, la fidelidad de los vasallos, la desigualdad de las condiciones, toda la armonía del cuerpo político, y hace que cada uno contento con su suerte no mire con envidia la ajena, y no piense mas que en cumplir y santificar las obligaciones de su propio estado.

Esta virtud, señor,<sup>1</sup> hace que los reyes reinen con pie-

<sup>1</sup> Luis XIV.

dad y con justicia, y modera en ellos el orgullo de las prosperidades y las amarguras de las desgracias, haciéndoles que adoren en la voluntad del Soberano dispensador de los sucesos la comun causa de donde todos se derivan.

¿De qué proviene, pues, católicos, que esta sumision tan necesaria y de tanto consuelo sea tan rara entre los fieles? ¿De qué proviene que en medio de la continua sucesion de las cosas humanas, vivamos todos casi como si no hubiera un Ser Soberano, superior á nosotros, que las gobernase; como si él acaso fuera el solo Dios del universo, ó como si nosotros mismos fuéramos los artífices de la felicidad ó desgracia de nuestra suerte?

Permitid, pues, que manifestándoos hoy el ejemplo de la sumision de María, os hable de una materia de tanta importancia; y como por razon de vuestros puestos, de vuestros empleos y de vuestro nacimiento sois los mas interesados en los mayores sucesos que ocurren en la tierra, permitid que os enseñe á dirigirlos á su origen y á conocer un Dios en el universo, que es quien solamente dispensa los buenos y los malos sucesos.

Manifestaré primeramente las causas ocultas de nuestra repugnancia á la voluntad de Dios. En segundo lugar, las utilidades que acompañan á la sumision á su voluntad santísima.

Es decir, ¿de qué proviene que nunca queramos nosotros lo que Dios quiere? Y no obstante esto, ¿de qué proviene que sea de tanta suavidad y consuelo el no querer sino lo que quiere Dios? Imploramos, etc. *Ave María.*



## PRIMERA PARTE.

Las principales causas de nuestra resistencia á la voluntad divina, son: primeramente, una vana razon que todos los dias llama las obras del Señor al juicio de las propias luces, que quiere íntimamente conocer lo que debiera adorar, y condena con temeridad lo que no puede comprender.

En segundo lugar, un exceso de amor propio, que hace que todo lo atribuyamos á nosotros mismos, y que nos miremos como si fuéramos solos en el mundo y todo se hubiera hecho para nosotros. De modo que todo lo que no se comprende en el plan de nuestros fines y de nuestras pasiones, nos altera.

En tercer lugar, finalmente, una falsa virtud, que bajo el pretexto de buscar á Dios no busca mas que á sí misma, y sustituye siempre los deseos inútiles de un bien que el Señor no nos pide, á las obligaciones que su santa voluntad nos ha impuesto. Esto es lo que María con su ejemplo nos enseña hoy á sacrificar á las órdenes del cielo.

Primeramente, una vana razon. ¿Cuántas dudas, cuántas dificultades, dice San Bernardo, no podia esta Señora oponer á las órdenes de Dios, que la obligaban á ir á sacrificar al templo? ¿Qué razonamientos especiosos? Su parto no habia sido manchado con ninguna impureza. Siendo madre habia quedado mas pura; ¿pues qué necesidad tenia de purificarse de una mancha que no habia contraido, y rescatar con una vil ofrenda al que venia á redimir á todos los hombres de la servidumbre del demonio y del pecado? Con todo eso, obedece, y sacrificando sus luces á las razones eternas y siempre justas de la divina sabiduría, nos enseña

que al Señor corresponde el mandar y á la criatura obedecer y sujetarse.

No obstante, católicos, nosotros siempre queremos que Dios dé cuenta de su conducta, y en medio de ser unas vanas criaturas, continuamente nos atrevemos á llamar al Señor á juicio con nosotros. Queremos ser sábios contra el mismo Dios; y ya sea que él obre con su providencia general en orden á la salud de todos los hombres, ó bien con sus eternos designios en orden á nuestros particulares destinos, nunca juzgamos que tiene razon, y oponemos siempre nuestros flacos razonamientos á los profundos abismos de su eterna razon y sabiduría.

He dicho: *ya sea que obre con su providencia general en orden á la salud de los hombres.* ¿Pues qué otra cosa oimos todos los dias en el mundo, sino reflexiones insensatas en orden á los fines de Dios? Continuamente se le pregunta la razon de la incomprendible sabiduría de sus consejos y de los arcanos de su providencia. ¿Por qué permite tantos infieles en la tierra? ¿por qué no se salvan todos los hombres? ¿por qué ha hecho tan difícil la salvacion? ¿por qué á los hombres los hizo tan flacos? ¿por qué no ha hablado con mas claridad acerca de las mas de las cosas que debemos creer? ¿por qué permite tantos sucesos tan funestos á la fe y á la gloria de su Iglesia? Y otras mil ridículas preguntas con que intenta el hombre burlarse de Dios. El vil esclavo quisiera llamar á cuentas á su Señor Soberano; el vaso de barro se atreve á preguntar al Soberano Artífice por qué le hace de este modo. El gusano despreciable en este destierro, en el que un inmenso abismo le separa de su Dios, se atreve á levantar los ojos al cielo, deseando mudar los decretos eternos; da consejos al Señor, señala á su sabiduría nuevos caminos, condena la economía de la religion, se forma un plan especioso y mas



acomodado, se atreve á reformar esta grande obra, que es el fin de todos los designios de Dios, y á sustituir las quimeras de su propio espíritu, que son obra de confusion y de tinieblas.

Y á la verdad, católicos, si los mismos príncipes en la conducta de los negocios públicos y en las infinitas máquinas con que mueven todo el cuerpo de los Estados é imperios, tienen secretos que nosotros no podemos penetrar, ¿por qué hemos de querer que Dios en sus eternos fines acerca de la salud y destino de los hombres, no los tenga para sus criaturas? Si el gobierno de un solo Estado pide consejos ocultos y medidas desconocidas, que muchas veces nos alteran porque no conocemos las razones y utilidades secretas, ¿por qué hemos de querer que el gobierno del universo, que la conducta universal de todos los hombres y de todos los siglos, desde el principio hasta el fin del mundo, no tenga respecto de nosotros ciertos secretos y ciertas oscuridades con que las razones eternas se oculten á nuestras débiles luces? Si en el consejo de los soberanos hay misterios, según la expresión de los libros santos, ¿no los ha de haber en los consejos de Dios? Y si, como dice la Escritura, es necesario respetar el secreto de los reyes en la conducta de sus pueblos, y no formar vanos discursos sobre unos medios cuyos motivos ignoramos siempre, ¿ha de ser menos respetable el secreto del Rey de los reyes en el gobierno de las cosas humanas? ¿y seríamos menos temerarios en mezclar nuestras frívolas reflexiones con sus eternos consejos, cuyas profundas causas siempre están ocultas en él, y de quien jamás conocemos sino lo que su bondad quiere manifestarnos?

Adoremos los secretos de Dios, católicos. Si lo que conocemos de sus obras nos parece tan divino y admirable,

¿por qué no hemos de inferir que lo es también lo que no conocemos? Si es sabio en las obras que nos manifiesta, ¿por qué no lo será también en las que nos oculta? Si la fábrica del mundo que vemos es una obra tan llena de armonía, de sabiduría y de luz, ¿por qué la economía de la religión, que no podemos ver y que es el principal de sus designios, ha de ser una obra de confusion y de tinieblas? Si arregló con tanto peso y medida las cosas visibles que han de perecer, ¿cómo pudo dejar desordenadas las cosas invisibles que durarán tanto como él?

Dije también: *ya sea que obre con sus eternos designios en orden á nuestros destinos particulares.* Porque no solamente condenamos su conducta en orden á sus eternos fines para con todos los hombres, sino también respecto de nosotros. Nos quejamos de su Providencia y de que nos ha puesto en ciertas circunstancias en que nuestra flaqueza hace inevitables los escollos. Le echamos en cara el habernos dado un destino incompatible con las obligaciones que nos impone, nos quejamos de que la corte, las conexiones, los empleos á que nos une nuestra clase y nuestro nacimiento, nos apartan de la salvación y nos la hacen como imposible. Nos parece que nos salvaríamos en una vida privada y lejos de las grandes tentaciones. Reformamos el plan eterno de su Providencia respecto de nosotros, y nos figuramos á nuestro gusto una suerte más segura que la que nos ha formado su adorable sabiduría.

No pensamos en que Dios proporciona las gracias á los estados; que todas las situaciones en que su ordenación nos coloca, lejos de ser escollos pueden ser motivos de salvación para nosotros; que la mayor parte de los peligros y de las ocasiones de que nos quejamos, más están en nuestras pasiones que en nuestros estados. No pensamos en que



la misma flaqueza que nos hace hallar escollos en medio del mundo y de la corte, nos hubiera servido de tentacion aun en el retiro; que á todas partes llevamos con nosotros mismos la raiz de nuestros delitos y de nuestras desgracias, y que así no debemos esperar nuestra seguridad de causa alguna externa, ni de nuestra situacion, sino solamente de la vigilancia que debemos tener sobre nosotros mismos. No pensamos en que todos los estados tienen sus peligros; que los santos en cualquier estado que se hallasen en la corte ó en los desiertos, no aseguraron su salvacion sino con violencias inauditas; que es error el creer que hay en la tierra estado alguno en que no cueste grandes esfuerzos la salvacion; que nuestra imaginacion nos promete seguridad en aquellos estados en que no podemos hallarnos, solamente para calmarnos acerca de las infidelidades en que vivimos en nuestro estado presente; que el amor propio continuamente nos engaña, y que para suavizar á nuestra vista los desórdenes de nuestra vida, hace que nos quejemos de nuestra situacion, para impedir que nos quejemos de nosotros mismos. Finalmente, no pensamos en que si son mayores los peligros en el estado de grandeza en que nacimos, son tambien mayores y mas considerables los bienes que en él podemos hacer; que si hay en él mas ocasiones de caer, tambien hay mas para la virtud y para el mérito; que los objetos engañosos y los grandes espectáculos que nos rodean, no tanto son lazos como instrucciones; que la corte, á la que nos liga nuestra suerte, todos los dias nos presenta motivos de desengaños; que sus disgustos ponen al corazon en arma contra los peligros; que sus amarguras desengañan de sus placeres; que sus inconstancias y revoluciones resfrían sus esperanzas; que el vacío y fastidio de sus diversiones nos llama como

por sí mismo á una vida mas seria y mas sólida; que la perfidia y la falsedad de sus amistades nos hace buscar en solo Dios un amigo eterno y fiel. En una palabra, que en el mismo mal hallamos el remedio, y que la sabiduría de Dios ha dispuesto con una providencia admirable para la salud de todos los hombres, que en cada estado los peligros tengan sus compensaciones, y proporcionen, por decirlo así, las seguridades, y que los mismos objetos que hacen la herida tengan tambien el antídoto contra ella.

¡Oh Dios mio! ¡sois vos un juez de nuestras obras tan sufrido y tan misericordioso, y nosotros hemos de ser unos censores severos y eternos de las vuestras! ¡nosotros continuamente os llamamos á juicio, y vos suspendeis el vuestro! ¡nosotros todos los dias os pedimos cuenta de vuestros adorables fines, y vos dilatais la cuenta terrible que nosotros os hemos de dar de nuestras intenciones y de nuestros pasos! ¡Oh Dios mio! ¿que será del hombre si os portais con él como él se porta con vos, si quereis sacarle culpado como él quiere hacer con vuestra providencia, y si examinais sus faltas con el mismo rigor que él examina vuestras maravillas? Primera causa de nuestra oposicion á la voluntad divina; una vana razon. La segunda es el excesivo y desordenado amor de nosotros mismos; y este es el segundo sacrificio de sumision á la voluntad de Dios de que hoy nos da ejemplo María. A la verdad, consultando solamente los pareceres humanos, hubiera hallado mil pretextos para eximirse de la voluntad del Dios de sus padres. Los intereses de su divina maternidad, el prodigio de su parto, la misma vergüenza de su pobreza y lo corto de su ofrenda, todo parece que levantaba su corazon contra la sumision que Dios la pedia. Pero no escuchaba la voz de la carne y de la sangre, pues se persuade á que



el primer sacrificio que Dios nos pide es el de nosotros mismos, y que la sola ofrenda que quiere es la que regularmente nos cuesta mas.

Y ved aquí, católicos, de dónde proviene, en segundo lugar, la oposicion que la voluntad divina halla siempre en nuestros corazones. Porque como todo nos lo atribuimos á nosotros mismos (pues este es un vicio muy comun, particularmente entre los grandes), como hacemos que cuanto nos rodea sirva á nosotros solos, como si todo se hubiera hecho para nosotros; como no hacemos caso de cuanto pasa en el mundo, sino en cuanto dice relacion con nosotros; en una palabra, como vivimos del mismo modo que si fuéramos solos en el mundo, y como si el universo solo hubiera sido hecho para nosotros, quisiéramos que Dios en nadie mas pensase que en nosotros, que se conformase con el plan de nuestro amor propio, que no obrase sino para nosotros solos, que todo lo ordenase á nosotros solos, que no dispusiese de las cosas de la tierra sino en nuestro favor; que en vez de ser el gobernador del universo y el Dios de todas las criaturas, solo fuese el Dios de nuestras pasiones y de nuestros caprichos. Y así nosotros, católicos, los que no obstante nuestro puesto, nuestra elevacion, nuestro nacimiento, no somos mas que un átomo imperceptible en medio de este vasto universo, quisiéramos hacer mover toda la máquina á medida de nuestro gusto, que todos los sucesos se acomodasen con nuestros deseos, que el sol solamente saliese y se ocultase para nosotros. Finalmente, quisiéramos ser el fin de todas las ideas y de todos los designios de Dios, del mismo modo que nos constituimos el único fin de todos nuestros designios y proyectos en la tierra.

Y de aquí proviene primeramente, católicos, que ni en

la afliccion, ni en la prosperidad, no nos conformamos con la voluntad de Dios. No juzgamos de las circunstancias en que nos hallamos, sino en orden á nosotros mismos. De este modo cualquiera cosa que turba un solo instante de nuestros placeres, cualquiera cosa que descompone la soberbia y ambicion de nuestros proyectos y de nuestras esperanzas, nos molesta é inquieta; nos quejamos de Dios, creemos que nos mira con ceño y nos maltrata. Nosotros, católicos, que en la elevacion y en la abundancia en que nacimos casi nada tenemos que padecer; nosotros, cuyas ligeras penas se compensan con tantas cosas capaces de contentar al amor propio, y que como dice el profeta, no conocemos los trabajos y amarguras que afligen á los demás hombres, pues nuestros mas tristes instantes serian los mas felices para muchos desgraciados. ¡Ah! lo que tenemos que temer en nuestro estado es el que Dios no mezcle la suficiente amargura en todos los placeres que nos rodean; el que permita que seamos demasiado felices en la tierra; el que nos deje gozar con demasiada tranquilidad de todas las conveniencias con que nacimos, y que no se digne de visitarnos algunas veces con aflicciones en su gran misericordia. Es preciso que Dios esté muy irritado contra nosotros cuando todo favorece nuestras pasiones, cuando nuestros placeres no hallan obstáculos, cuando todo cede á nuestras inclinaciones, y cuando solo el deseo de nuestro amor propio parece que decide de cuanto nos pertenece. ¡Qué terrible es entonces Dios para nosotros, católicos! Nos trata como á víctimas que se engordan y adornan de flores para conducir las inmediatamente á la hoguera por estar destinadas para el sacrificio.

En segundo lugar, se infiere que como nos amamos excesivamente á nosotros mismos y no ponemos límites á